

Brasil en la era Cardoso

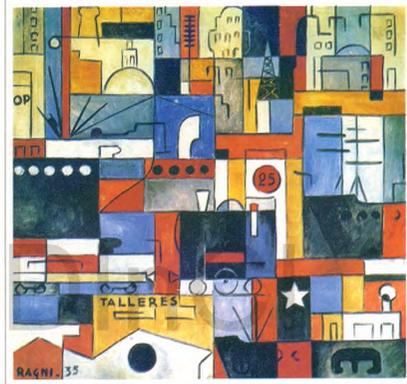
El triunfo de Fernando Henrique Cardoso en las elecciones celebradas en Brasil en octubre último abrió la oportunidad de dedicarle al tema un dossier completo de nuestra revista. La actuación académica e intelectual de Cardoso, además de su rutilante carrera política, son ampliamente conocidas y hacen innecesaria toda presentación formal. Con el propósito de brindar un panorama amplio de sus ideas y propuestas políticas hemos reunido material de diverso tipo, que, creemos, enriquece el cuadro. En primer lugar una conferencia pronunciada por Cardoso en la Universidad de São Paulo en 1991, acerca de la relación entre Estado, mercado y democracia. Luego, como jugoso rebote de ideas, la polémica sostenida, en el fin de su campaña electoral, con el cientista político José Luís Fiori. A continuación extractamos parte de la primera conferencia de prensa que brindó tras la confirmación de su triunfo electoral. Y finalmente, como cierre, incluimos una reflexión sobre el posible arco de alianzas que se le abre, tanto hacia la izquierda como hacia la derecha, a partir del análisis de los resultados de ambos turnos coniciales.

La Ciudad Futura

La Ciudad Futura

Documentos/Separata

Esta Separata forma parte de *La Ciudad Futura* N°41, Buenos Aires, verano 1994.



Estado, mercado, democracia: ¿existe una perspectiva latinoamericana?*

Fernando Henrique Cardoso

Agradezco la invitación para participar en este encuentro, en esta tarde tan agradable. No sólo por ser en la Universidad de São Paulo y por reencontrarme con colegas, con algunos de los cuales estuve recientemente en un coloquio en Buenos Aires, sino también porque la escuela donde inicié mi vida académica, hace cuatro déca-

das, fue esta Facultad de Economía. Por otro lado, como la lengua utilizada es el portugués, no tendré la disculpa de decir que no pude expresarme bien por hablar una lengua que no es la mía.

Dicho eso, paso a discurrir sobre mi tema: "Estado, mercado y democracia: ¿existe una perspectiva latinoamericana?".

El otro día *Folha de São Paulo* me pidió que hiciese un pequeño

comentario sobre un libro de Tocqueville llamado *Recuerdos del 48*. Me acordé de Lévi-Strauss, que antes de hacer un trabajo más importante leía el *Dieciocho Brumario*. Usando ese recurso fui a leerlo, porque es muy difícil hablar de la Revolución del 48 leyendo sólo a Tocqueville, sin releer a Marx.

En esta ocasión cuando comencé a pensar sobre lo que diría me puse a releer a Albert Hirschman y me di cuenta de que, con frecuencia, cuando quiero inspirarme leo a Hirschman para ver si extraigo alguna idea, puesto que, más un ahora con la agitación política en la que ando metido, la mente va quedando cada vez más seca y se hace preciso recoger frutos ajenos.

Albert Hirschman es realmente uno de los mayores sembradores de ideas de las ciencias sociales contemporáneas. Además de haber escrito varios libros, uno de ellos sobre los argumentos en favor del capitalismo antes de su triunfo, aprovechó la ocasión de una conferencia -la famosa "Conférence Marc Bloch" en la Ecole des Hautes Etudes, en París- para ampliar el argumento, pues algunos críticos habían comentado que Hirschman, en verdad escribía sobre los siglos XVII y XVIII y debería ser más contemporáneo su argumento.

En la relectura de la conferencia encontré por lo menos un punto de partida para mi exposición de hoy.

La reflexión de Hirschman es la siguiente: en sus prolegómenos, el mercado -el capitalismo se expandió primordialmente por el comercio- era presentado como si fuese el gran instrumento civilizador. Montesquieu, por ejemplo, consideraba al mercado -o el comercio más que

el mercado- como una barrera para contener los impulsos autoritarios del soberano. No fue el único autor que pensaba de esa manera: James Stuart también lo hizo. En fin, la primera imagen del mercado -usando la expresión que Hirschman reproduce- era la de un *doux commerce*. Realmente, el comercio era

visto como suave. Era un instrumento de suavización de las relaciones humanas, inclusive porque obligaba a un trueque, obligaba a la reciprocidad. Existía, por lo tanto, la posibilidad de pensar al mercado como un instrumento para edulcorar las relaciones. En esta primera visión el mercado no se concebía como un elemento de

propiedad al Estado sino al soberano. El mercado, se pensaba, limita el arbitrio; crea reglas de convivencia. En esa primera visión del mercado no se lo ubica exactamente en oposición al Estado, sino como instrumento capaz de transformar las relaciones sociales en una manera de sociabilidad superior. Era la visión predominante en el siglo XIX. Pero ella se deshielo en seguida, con el capitalismo industrial.

El descubrimiento de la violencia en el propio proceso productivo industrial invirtió los términos de la percepción inicial. El análisis de Marx, las novelas de Dickens -y no sólo de él sino varias novelas inglesas de mayor expresión literaria- trajeron otra visión del proceso de producción capitalista. Así, el mercado, como expresión de un modo de producción más amplio, que incluye la relación directa entre el hombre y la naturaleza, de los hombres entre sí, de la transformación de los bienes para la creación de productos, apareció como un *locus* de violencia.

La imagen, digamos, *soft*, suave, del mercado de los prolegómenos del capitalismo dio lugar a otra imagen, opuesta. No se trata propiamente de una sociabilidad que se eleve a una etapa superior de la convivencia humana, sino de una relación que implica lucha, que implica sumisión de un grupo a otro. Y la herencia de esta visión del mercado, a partir de las teorías socialistas del siglo XIX, fue la que nosotros recibimos en el siglo XX.

En lugar de verse al mercado como elemento civilizador, que suaviza las relaciones humanas, es el Estado el que aparece eventualmente como el contrapuesto bondadoso, como el contrapeso de las tendencias malélicas del mercado. Las fuerzas libres del mercado, la "mano invisible", no serían por sí la garantía de la realización del interés general a través del interés individual -como sostenía la ideología hasta entonces dominante-. Reaparece la idea de que es preciso un elemento de política, el Estado, y hasta un elemento de ética, para contener las fuerzas ciegas del mercado que, abandonadas a sí mismas, serían incapaces de realizar la felicidad humana. La discusión sobre la noción de felicidad es una discusión clásica. Los demócratas americanos, los *founding fathers*, la discutieron. No se trata de la felicidad individual sino de la felicidad de la sociedad, de la felicidad socialmente organizada.

Se introduce la idea de que a través de la acción estatal es posible hacer algunas correcciones, colocar algunos frenos al mercado. Hay varias alternativas en cuanto al grado de corrección deseable, desde intervenciones parciales para domar a la fiera hasta la sustitución del mercado por la planificación.

La expansión de las modernas economías capitalistas y la formación del mundo colonial, o sea, la transformación de las relaciones capitalistas en relaciones imperialistas

y la vigorosa oposición a ese fenómeno en los países que disfrutaban de los beneficios de las transformaciones que el capitalismo producía en los países centrales, llevó a la formulación de una nueva crítica al mercado, que pasó a ser caracterizado por algunos como una catástrofe que debía ser controlada por la acción política.

En verdad, fue en el siglo XX, especialmente después de las dos guerras mundiales, cuando se consolidaron las ideas acerca de la necesidad de una fuerza política para corregir las distorsiones del mercado, de un Estado de bienestar o *welfare state*. No sería el mercado en un Estado, quien eventualmente podría traer la felicidad.

En la literatura sociológica, esa discusión está presente desde el siglo XIX, pero con otra expresión, también muy interesante. En *La división social del trabajo*, Durkheim denomina solidaridad orgánica a la solidaridad específica resultante de la división social del trabajo producida por el capitalismo. Contraponen a ella la solidaridad mecánica, menos compleja. Durkheim nunca explicó muy bien cómo se da esa solidaridad orgánica y, al final de su vida, se enamoró de ideas semisocialistas. Fue favorable al impuesto sobre la herencia. Pasó a defender la importancia de los procesos educativos, porque creía que era preciso introducir valores que completasen el esqueleto que estaba desarrollando la sociabilidad generada por las sociedades complejas.

Quien haya leído *La división social del trabajo* sabe que para Durkheim no había duda alguna de que esa forma de solidaridad sobrevenida de la especialización del trabajo, de la complementariedad de las varias formas de trabajo necesarias en la reproducción de la sociedad, era una forma superior a la que él llamaba de solidaridad mecánica. Durkheim planteaba una contraposición, que se volvió clásica, entre

sociedades en las que había apenas solidaridad mecánica y aquellas que se asentaban sobre la solidaridad orgánica. Cuanto más populosa se tomase una sociedad campesina, por ejemplo, se diferenciaría no por la especialización sino por la producción de sí misma: una unidad campesina reproducía otra exactamente igual, como por esquizogénesis, partiéndose al medio y repitiendo en adelante la misma forma anterior. A eso llamó forma mecánica de división del trabajo.

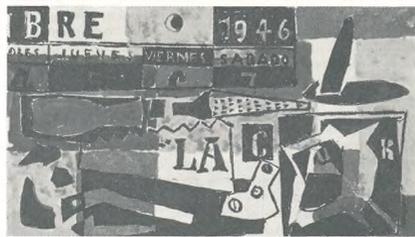
Curiosamente, hay en *El Capital* una descripción sobre los efectos del crecimiento de la población en la división del trabajo casi idéntica a la de Durkheim -dígase a Marx y que Marx escribió *El Capital* antes de la aparición de *La división social del trabajo*-. Durkheim describe la solidaridad orgánica y la solidaridad mecánica para demostrar que las transformaciones producidas por el mercado estaban creando formas diferentes de sociabilidad.

Los dos grandes pensadores, mirando el mismo proceso con aparatos conceptuales distintos, registraron fenómenos semejantes y no vieron al mercado como un desastre para la articulación social. Marx mostraba que había una complejidad que engendraba nuevas formas de asociación y nuevos valores. Lo

que faltó agregar es que los efectos inesperados, si no perversos, que el mercado produciría, podrían ser corregidos aun sin el socialismo.

Recuerdo otras lecturas sociológicas. En su *Libertad y planificación*, y en otros libros, Mannheim -a quien, por cierto, mi generación leyó mucho y a quien las generaciones inmediatamente posteriores también leyeron- reflexionó sobre lo que estaba sucediendo en el mundo en el momento en que él salió de Alemania a causa del nazismo y partió para Inglaterra.

Es curioso cómo las mayores naciones capitalistas siempre provocaron un *shock* en los grandes pensadores europeos. Cuando Marx habla sobre los Estados Unidos está *shockeado*. Tocqueville, ni decirlo; también Weber. Se sorprenden ante una sociedad desprovista de las trabas del antiguo orden feudal, jerárquico, y del orden aristocrático, del *ancien régime*. Cuando el mercado funcionó, liberó de alguna forma fuerzas sociales que antes estaban clausuradas en el antiguo orden, creó una nueva sociedad. Ninguno de los grandes autores dice que el mercado está oprimiendo, pues crea otro tipo de relación -de opresión en un nivel, pero de libertad en otro-. *Democracia en América* es el descubrimiento de eso. Las reflexiones de Weber sobre América van en la



JULIO ALPHEY

Serie de cinco acuarelas, N° 5, 1946

misma dirección. Y cuando Marx hace alguna referencia al tema, lo hace en esa misma línea. Más recientemente -casi un siglo después-, cuando los europeos del Continente, huyendo del nazismo, entraron en contacto con una sociedad como la inglesa, y más tarde con la americana, como en el caso de la Escuela

de Frankfurt, percibieron que estaban ante otra realidad. El Mannheim de *Ideología y utopía* no es el mismo Mannheim de *Libertad y planificación*. No se trata de que su visión haya cambiado esencialmente sino, de alguna manera, lo que Mannheim descubre al retomar los grandes temas de la formación de la civilización ca-

Era visible que el régimen soviético no estaba asegurando las condiciones necesarias para que la pelea entre Estado y mercado se diera sin detrimento del tercer tema: el de la democracia, el de la libertad.

ptalista -insiste en la producción moderna capitalista- es que se está produciendo una creciente racionalización. Distingue, a la Weber, una racionalidad formal de una racionalidad sustantiva, aunque prevé el crecimiento de las áreas bajo control racional, áreas en las cuales disminuye lo imprevisto: algo que Mannheim considera una conquista del hombre y de la sociedad contemporánea. El control social ejercido en estas sociedades, a la vez, no suprime la libertad sino que la exige. Mannheim, en una definición hoy clásica, distingue la política de la administración. Las áreas de lo imprevisto, donde no hay normas (que serían las de la política), van disminuyendo.

Però la norma no fue vista por Mannheim como burocracia. Quien vio la norma como burocracia que oprime, escribiendo antes que Mannheim, fue Weber, que la temía, a pesar de haber entendido mejor que nadie su esencialidad para el capitalismo. Weber pondrá énfasis en el polo opuesto, el empresario, vien-

do en él, tanto como en el político carismático capaz de crear algo nuevo, a las dos fuerzas en condiciones de corregir la ascendente burocratización de la sociedad. Weber ve el proceso de organización creciente de la sociedad en términos de peligro; Mannheim lo ve como un compromiso que asegura la libertad. Yo diría que, en este sentido, Mannheim es un proto-socialdemócrata. Cree que es preciso que haya normas en la sociedad moderna y su preocupación se refiere a la planificación democrática. Para él no habría incompatibilidad entre Estado -en tanto democrático-, libertad y mercado.

De ahí me surge un pensamiento atormentado a todos, porque la buena conciencia generada por aquellos que imaginaban que el Estado podría corregir al mercado y que el partido corregiría al Estado pasó a ser perturbada por las distorsiones burocráticas y por la falta de libertad, que ya eran visibles en la época en que Mannheim escribió sus principales libros. Era visible que el régimen soviético no estaba asegurando las condiciones necesarias para que la pelea entre Estado y mercado se diera sin detrimento del tercer tema que aquí me piden considerar: el de la democracia, el de la libertad.

Durante mucho tiempo resolvimos esa temática sin conclusiones claras. En los últimos veinte años, digamos, sucedieron transformaciones de fondo que pasaron a conformar la discusión sobre Estado y sociedad de manera diferente. Hubo, por un lado, el agotamiento, tal vez provisorio, del modelo del *welfare State*. En la era tatcheriana y reaganiana domina la idea de que el *welfare State* creó obstáculos al proceso de acumulación y al crecimen-

to económico; se reivindicó, por eso, la vuelta del mercado libre como regulador de todo. En las últimas décadas se regresó, a gran velocidad, a una ideología llamada neoliberal, tal vez con injusticia para los liberales auténticos, que asumió el tono de propaganda simplificada, como sucede con casi toda ideología. De nuevo se ve al mercado como sinónimo de democracia y de libertad. Se hablaba de "desregular".

Todo lo que fue construido como un paso necesario para asegurar la democracia, la reglamentación para corregir las distorsiones del mercado, da marcha atrás. Es preciso acabar con el Estado, dicen los neoliberales, porque el Estado es necesariamente la burocracia y porque impide la libre expansión del individuo. Renace así la esperanza de un mercado *soft*, suave, dulce.

Esa visión, que nació en el mundo occidental, es justificada por los que la defienden contraponiéndola a lo que ocurre en el mundo socialista, donde, por razones hoy sabidas, la corrección del mercado por la planificación autoritaria y por la acción del Estado encontró sus límites y su crítica. No soy, ni de lejos, conocedor de esa materia, pero no es muy difícil percibir las razones básicas que impidieron el éxito de las economías centralmente planificadas. Hasta podría invocarse la falta de libertad como factor condicionante de ese proceso, pues fue, por ejemplo, lo que impidió que hubiese creatividad tecnológica.

En los años 50 en la Unión Soviética se tenía terror a la cibernética, nombre arcaico de la informática. Era considerada ciencia burguesa y fue desterrada porque no permitía el pensamiento dialéctico. El raciocinio de los computadores es binario y por eso fue ideológicamente desterrado. Además, en la Unión Soviética prevaleció la concepción simplificada de que la economía, para crecer, dependía sólo de grandes inversiones en la infraestructura.

Esta concepción impidió que se advirtiera que la revolución contemporánea no se registraba directamente a través de los productos sino a través del modo de producir, de la organización de la producción, de la agilización del proceso productivo básicamente en la fábrica -como los japoneses terminaron por hacer-, con la introducción de mecanismos de control no rígidos y descentralizados.

En fin, hay muchos elementos que permiten hacer una crítica bastante directa a los daños producidos por la economía centralmente planificada. Me intimida hacer comentarios ligeros sobre esa materia, pues podría parecer superficial. En todo caso, leí no hace mucho un artículo publicado en la revista *Stato e Mercato* (28/4/90), de David Starck y Victor Nee, titulado "Stato e mercato nei paesi socialisti: come riformare la economia?", donde se compara a China con Hungría.

No conozco otro trabajo más significativo sobre lo que está sucediendo en China, incluso porque, de pronto, China se perdió en el horizonte, como si no fuese socialista o como si no existiese. Mientras tanto China está pasando por una transformación que se contrapona a la transformación soviética. Introdujo reformas económicas "liberalizantes" sin hacerlo de modo caótico y mantuvo, al mismo tiempo, controles políticos muy fuertes.

Los esfuerzos que los chinos hicieron para reintroducir la idea de lucro en el seno de las familias campesinas y de valorizar el trabajo personal son muy interesantes. ¿Cómo valorizar el mercado y volver aceptable el lucro en una economía que fue campesina, que giró al socialismo y que ahora no sé bien a dónde va a girar pero seguramente no será a la misma desorganización que es hoy telón de fondo de los países socialistas europeos? China está transformándose de otra manera, poco visible, reestructurando el

Estado y el mercado. ¿Será capaz, en el futuro, de compatibilizar esos términos con la libertad?

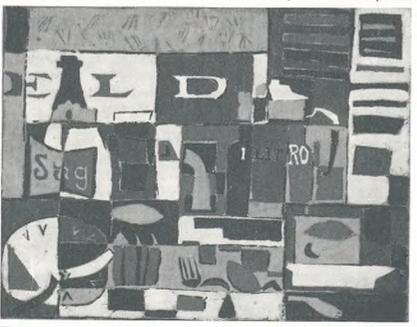
Para mi perplejidad, el último informe del Banco Mundial señala que en el año 1990 hubo "progreso" en varios indicadores sobre el Tercer Mundo, porque mejoraron China y la India. ¿Claro, China y la India retinan un billón ceteos millones de personas, casi dos billones de personas! De ese modo, la tragedia de África y la semitragedia de América latina fueron compensadas por los progresos obtenidos en la economía china y en la economía de la India. Eso sucedió dentro de un modelo que no sé cómo calificar pues ignora hasta qué punto existió la desorganización del Estado y la emergencia del mercado o si hubo, o está habiendo, un nuevo matrimonio entre Estado y mercado.

En Hungría -el caso es más conocido y lo es desde hace más tiempo- también hubo reformas que, de alguna manera, revelan modos de convivencia entre Estado y mercado que no son negro sobre blanco.

¿Por qué estoy diciendo esto? Aun considerando los progresos económicos registrados en China,

no justifico la masacre de la Plaza de la Paz Celestial. El tema "Estado, mercado y democracia" requiere un cuidado esencial, el de subrayar la democracia en el vaivén de la historia el mercado comienza dulce, después se vuelve amargo; se pasa por el Estado suave, después el Estado es una bestia feroz, más adelante el mercado es recuperado nuevamente como el "ábrete, sésamo" de la felicidad universal. Es necesario mirar todo *cum grano salis*. No se trata de hacer una contraposición ideológica, tal como hoy está de moda: hay que desregular, acabar con el Estado, porque el mercado probó que "es bueno"; es preciso recordar que estos términos se entrelazan de manera muy diversa en la experiencia histórica. Las formas de relación entre Estado, mercado, democracia y libertad son muy variables y no puede decirse de antemano que eliminando un término el otro permanece válido y bueno.

En América latina la tradición en esta materia difiere tanto de la del mundo socialista como de la del mundo capitalista. El problema histórico de América latina, no de toda América latina sino de parte importante de ella y de Brasil en especial,



JULIO ALPUY

Naturaleza muerta en colores primarios, 1948

fue que se creó una economía capitalista en la era del capitalismo mercantil, utilizándose mano de obra esclava. Este fue el trazo histórico distintivo de América latina y, muy frecuentemente, los autores no brasileños o no latinoamericanos enfocan erradamente la cuestión.

Nunca me olvidó de mi amigo

André Gunder Frank, que vino a esta universidad en los años 50 y nos criticó a Paul Singer y a mí en un artículo muy famoso, diciendo que éramos defensores de lo que él llamaba feudalismo. Mientras tanto, nosotros estábamos aquí preocupados con otra cosa: con la explicación de una economía capitalista que utilizaba mano de

obra esclava. ¿Cuántos serían los límites de eso? Caio Prado Jr. ya había analizado la cuestión desde este ángulo y, previamente, historiadores de buen calibre habían descrito el proceso histórico en esos términos.

La verdad es que en América latina, a causa de la esclavitud negra en ciertas áreas, a causa de la servidumbre en áreas andinas y por causa de las áreas indígenas, se organizaron sociedades en las cuales el mercado no funcionó del mismo modo como funcionaba el mercado imaginario de los libros de texto del siglo XIX. La fuerza del mercado siempre fue mucho más estrecha y construye por la existencia de factores políticos, por un tipo de dominación política que nada tiene que ver con la acción de un Estado reformador del mercado, a la europea. Aquí el Estado se acomodó a la sociedad y ambos a un cierto tipo de producción, guardando características más que conocidas de paternalismo, clientelismo, etc.; así, "las aves que aquí gorjean, no gorjean

como allá". Parece que es la misma cosa, son aves, pero cantan de un modo diferente. Hubo una formación del capitalismo, existe una burguesía, existe un empresariado, una clase trabajadora, etc., pero la formación histórica de estas categorías tuvo peculiaridades de peso. Algunos hasta exageraron en ese

En cierto momento, analizando a Brasil, hablé de la existencia de "anillos burocráticos", para mostrar que no hubo en rigor aislamiento del Estado frente a la sociedad civil y frente al mercado. Existió cierta relación.

so, pero es real, a punto de hacer poco útiles analogías formales con Europa.

Algunos autores hicieron un análisis más cultural de esas diferencias, en términos de una tradición corporativista, de una tradición católica, de la tradición ibérica, etc. La literatura sobre el tema es amplia. No es del caso pasar revista de

ella, pero el hecho es que, de alguna manera, la vinculación entre Estado, sociedad y democracia en América latina se dio a partir de otros presupuestos, de otro background. Evidentemente, en la medida en que, a fines del siglo XIX y especialmente en este siglo, las fuerzas capitalistas se desarrollaron, se formó efectivamente un mercado capitalista, en un proceso que si modificó las peculiaridades del pasado no las anuló enteramente. Se crearon formas híbridas de relación entre Estado y mercado.

Esa combinación se agrava por la circunstancia de que, en varios momentos, también se produjo la formación de Estados autoritarios. Nuestro patrimonio tradicional supo convivir con formas políticas que, al menos desde el ángulo de las clases dominantes, eran democráticas. Así fue en Argentina, en Chile, en Uruguay. En Brasil existió en el Imperio un régimen parlamentario, al que todo el mundo elogió, con dos partidos, uno liberal, otro conservador, que podían entenderse a las mil

maravillas porque no se hablaba de la esclavitud. Terminar con la esclavitud no era una bandera de lucha de los liberales. La esclavitud era un supuesto necesario del orden natural de las cosas. En varios países la organización política aseguraba grados de libertad, por lo menos a las clases dominantes. Eso cambió con el tiempo, de país en país, pues en muchos momentos los países latinoamericanos experimentaron formas más directamente frenadoras de la libertad. Recientemente el panorama se agravó con el militarismo, que pudo ser mitigado en algunos casos pero en otros asumió la fisonomía de una dictadura militar.

Guillermo O'Donnell prefiere denominar las formas contemporáneas de régimen político como un "Estado burocrático-autoritario". Sea. Pero lo que realmente caracterizó el proceso reciente fue el hecho de que la burocracia que ocupaba el Estado era militar y el mando tradicional, que siempre se basó sobre estamentos burocráticos, quedó marginado, porque una parte del estamento burocrático - los militares - se volvió dueño del poder. No fueron dueños únicos, pero sí condóminos del poder. Tampoco voy a discutir si el autoritarismo burocrático es fruto de un proceso de profundización del capitalismo, como dice O'Donnell, que supone una mecánica de acumulación de capitales. El hecho es que las formas estatales generadas por ese proceso dieron origen a mecanismos de relación entre el mercado y el Estado algo diferentes a los mecanismos tradicionales.

En cierto momento, analizando a Brasil, hablé de la existencia de "anillos burocráticos", queriendo mostrar que no existió exactamente el aislamiento del Estado frente a la sociedad civil y frente al mercado. Existió cierta forma de relación. La política salió de los parlamentos, aun cuando éstos permanecieran

abiertos, para darse dentro del Estado. Los grandes empresarios se ligaron a las fuerzas burocráticas y así la regulación del mercado pasó a ser decidida en función de esos segmentos organizados. Distinguí los grupos que llamé de "anillos burocráticos" de los lobbies, porque ellos no tenían origen fuera del Estado, como grupos de la sociedad que se organizan para presionar al Estado, sino eran grupos de dentro del Estado que reclamaban para sí una porción de la sociedad, un tanto corporativamente, para aumentar el poder de negociado de los propios segmentos burocráticos en el interior del Estado. Evidentemente, después de iniciado este mecanismo, varios sectores de la sociedad trataron de buscar sintonía con los sectores internos del Estado a fin de alcanzar sus objetivos.

El caso de Brasil no fue único y es posible preguntarse si no se tratará de un fenómeno latinoamericano. En esas condiciones de fuerte contenido patrimonialista, en las cuales el factor político es importante para la sujeción del trabajo, sea en el campo (para no tener reforma agraria), sea, eventualmente, en la utilización del trabajo esclavo, sea en la regulación política de la fuerza de trabajo urbana vía ley del salario mínimo, vía ley de control de los sindicatos por el Estado, etc., la relación Estado-sociedad se dio bajo formas distintas de las que se presentan en los países típicamente capitalistas. Podemos encontrarlas también en algunos países del Europa central. No es una característica latinoamericana sino de sociedades de base latifundista-patrimonialista.

Hoy se mezcla la crítica a este Estado burocrático-patrimonialista con la crítica al Estado del socialismo e inclusive con lo que ocurrió en Europa con el welfare State, mientras que la crítica al Estado en América latina se dio a partir de una situación y aun de presupuestos teóricos muy distintos a los de la crítica

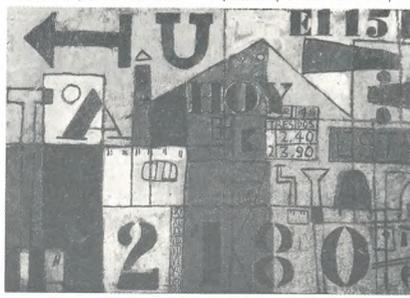
al socialismo o al welfare State.

A la altura de los años 70, el pensamiento social latinoamericano pasó a usar la idea de "sociedad civil", una idea que no es clásica, antigua. Ya los juristas las utilizaban. También Hegel y Marx hablaban de sociedad civil, cada uno con una connotación algo diferente si bien para ellos, en el fondo, la sociedad civil era la sociedad de los productores. Gramsci, en cierto imbroglío creativo, colocó una parte del Estado dentro de la sociedad civil para explicar a Italia. ¡Y esa pirueta intelectual fue útil para nosotros! Nuestros colegas argentinos leyeron a Gramsci antes que nosotros, los brasileños, y usaron antes que nosotros la conceptualización gramsciana. Pero, de alguna manera, con la idea de sociedad civil se quiso hacer la crítica al régimen autoritario. Y como los dueños del régimen eran militares, al valorizar la sociedad civil se daba la impresión de estar haciendo una oposición entre civiles y militares, lo que es un disparate. Populamente, cuando se hablaba de sociedad civil existía esta connotación política que deslizaba hacia el lado anecdótico: éramos nosotros, los buenos, contra ellos, los malos.

Eso vino junto a otra idea con-

temporánea que criticó hace ya algunos años: la gente pasó a creer que estaba recreándose "la comunidad". Y la sociedad civil sería "la gran comunidad": el nosotros colectivo. Hasta he dicho que en Brasil se inventó para el francés, que no existía, la expresión "a gente", sujeto de la "gran comunidad". En cierto momento de nuestra historia sociológica se pasó a decir "a gente". Este "a gente" es el "nosotros colectivo", la idea de una comunidad que destruye las jerarquías. No se trata de una relación de clase: "a gente" es quien, en conjunto, vivió la misma experiencia.

Así, entre nosotros, el renacimiento del concepto de sociedad civil incluyó dos ideas: la idea de ser contra-el-Estado, contra el Estado-militarizado, y la valorización acentuada del concepto de comunidad, no utilizado como un concepto analítico sino como concepto valorativo. El "nosotros colectivo", "a gente", cuando hace tal o cual cosa, cuando actúa o hace contra. Naturalmente, el análisis marxista clásico no pasa por ahí. Pero en la época de las huelgas de São Bernardo quedé muy impresionado con el "nosotros", que era importantísimo. Vivir juntos una experiencia es más importante que saber cuál es la posi-



GONZALO FONSECA

Mural, 1945

ción de la persona respecto de la experiencia. Crea una energía nueva, como ahora se dice, una dinámica nueva, tanto en las comunidades eclesidásticas de base como en otras experiencias comunitarias. Pues bien, se creó aquí esa idea de sociedad civil como la "buena sociedad", aunque progresivamente fue sufriendo una mutación.

De cualquier modo, en los años 70, esta idea de sociedad civil y de comunidad implicaba una reivindicación de la democracia; más tarde en la década del 80, se desiluzó hacia algo que expresa más una actitud anti-Estado. Esta actitud se enlazó con la ideología neoliberal. Digo "enlazó" porque no son la misma cosa, tienen otro origen pero confluyen en el mismo punto. Quien tenga interés por la historia de las ideas y por la formación de las ideologías podrá acompañar eso en el día a día de la producción intelectual, en la prensa y en el discurso hecho en Brasil. El resultado inesperado fue la connotación de que el Estado es un mal en sí y el mercado es bueno.

Y esa connotación no derivó directamente de la connotación valorativa de la comunidad ni de la connotación analítica de sociedad civil, ni siquiera cuando se dio a este concepto un sesgo agresivamente antitotalitario. Hubo una "inversión ideológica", que nos dejó sin saber dónde anclar la idea de democracia, pues parecía que ella sólo podría aterrizar en una sociedad civil que implicase el "no-Estado".

Obviamente hago una simplificación, pero ella se adecua a la simplificación que también es hecha en el análisis de la "victoria del liberalismo". No sé si eso es gene-

ralizable para América latina, no sé si en Chile por ejemplo es así, pero creo que existen algunos elementos de esa connotación hasta en México, donde antes se decía que "afuera del presupuesto no hay salvación", que cada ciudadano debía mamar, como decimos acá, en la teta del Estado, aun sin ser empleado. Des-

El ciclo actual no es favorable al primado del interés público, pero hay que permanecer firmes. Cuando la ola es muy poderosa, lo prudente es agacharse. Sin someterse, sin quebrarse. Dejando que pase la ola.

de esta posición, que era la posición de México del PRI, se pasó a una posición agresivamente promercado, a punto tal que un brasileño, e inclusive un argentino, se sienten hoy un tanto avergonzados por no ser tan anti-Estado como los venezolanos, los mexicanos y, especialmente, los chilenos, que son la encarnación de lo que es "moderno". En-gancharse en la defensa extrema del mercado es signo de modernidad y no se pregunta el precio que el pueblo paga por el encogimiento del Estado.

En un país como Brasil ese proceso es complicado. La sociedad civil real, de los productores y trabajadores, existe; se organizan, se asocian. No aceptan con tanta facilidad la inexistencia de una organización estatal que los proteja. Prestan *lip service* a la idea del mercado pero, en la práctica, los intereses se organizan e impiden que el mercado sea la única brújula. No se cansan de defender de la boca para afuera un "neoliberalismo salvaje" apareado con fuertes preconceptos anti-Estado. Pero eso no impide que sectores de la antigua "buena sociedad civil" se corporativicen y utilicen en su defensa instrumentos más afines con una sociedad controlada por el poder político que por el mercado. De esta forma se produce un desajuste muy grande entre lo que se dice y lo que se hace.

Creo que si hoy nos inclinamos hacia la temática del Estado, del mercado y de la democracia debemos intentar recuperar la trayectoria histórica, analizar el tema a fondo, para divisar con mayor claridad el interés público y evitar que la fuerza avasalladora del mercado venga a aplastar cualquier idea que no sea la del interés privado. Es necesario que insistamos mucho en el interés público, al lado de Galbraith y de tanta gente que pensó en eso, para no mencionar a los más clásicos. Pero es muy difícil recuperar esa idea en un momento en el que existe -como dice Sennett- la declinación del hombre público y el regreso al hombre privado.

Quiero terminar volviendo a Hirschman. En otro magnífico ensayo, Hirschman elabora una teoría cíclica de la relación entre lo público y lo privado. En este momento varios países de América latina viven un ciclo en favor del interés privado y todo lo que es público, desde su aspecto más general hasta el hombre público en particular, es visto con sospecha y desencanto. Hay un desencanto de la política que es la contrapartida del auge de la ideología neoliberal. El mercado resuelve por sí los conflictos, la política quedó casi como sinónimo de corrupción. Y lo peor es que existen, como diría Florestan Fernandes, "algunas evidencias empíricas" para sustentar que la política es inherentemente corrupta.

Por eso mismo, si no hay una simbiosis de la política con el interés público será difícil sostener la democracia. Sin ella volveremos al mundo del mercado, no en el buen sentido -del mercado que educa, del mercado que suaviza, del mercado que civiliza-, sino del mercado casi como guerra. Y el mercado como guerra genera -y esto bien sabía Hobbes- un Estado para poner orden en las cosas, lo cual no sería el Estado democrático, el Estado de derecho, sino su opuesto.

Como no soy pesimista creo en la proposición de Hirschman. El ciclo actual no es favorable al primado del interés público, pero hay que permanecer firmes. Cuando la ola es muy poderosa, lo prudente es agacharse. Sin someterse, sin quebrarse. Dejando que pase la ola, porque ella pasa. Pero claro que eso no significa quedarse sin hacer nada. Es preciso relocalizar las cuestiones

de manera de recuperar la noción de Estado como instrumento del interés público. Y mostrar que esa recuperación no se hace en detrimento del mercado, aunque requiera una domesticación del mercado. Sin esto difícilmente habrá democracia. Vamos a bregar para que sea posible la reconciliación entre mercado, Estado y libertades democráticas. Vamos a continuar con la *bias for*

hope, con la esperanza de que eso sea posible. □

Nota

* Texto de la intervención del autor en el seminario "Estado, mercado y democracia", organizado por el Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de São Paulo, 30 de julio-1º de agosto de 1991. Publicado por la Editorial Paz e Terra, bajo la compilación de Lourdes Sol. Tradujo Osvaldo Pedroso.

Los monederos falsos*

Finalmente es preciso admitir, mi querido, que hay gente que siente la necesidad de actuar en contra de sus propios intereses...

André Gide

Para un *technopol* es importante vencer en la próxima elección para continuar la implementación de su agenda y no para mantenerse en el cargo. Vencer en una elección abandonando sus posiciones es para él una victoria a lo Pirro.

John Williamson

El Real no fue creado para elegir a Fernando Henrique Cardoso, es éste quien fue concebido para vivificar en Brasil las tesis del Consenso de Washington

José Luis Fiori

1 Entre los días 14 y 16 de enero de 1993, el Institute for International Economics, destacado *think tank* de Washington, teniendo a su frente a Fred Bergsten, reunió a cerca de cien especialistas en torno del documento escrito por John Williamson "In search of a manual for technopols" (En busca de un manual para tecnopolíticos), en un seminario internacional cuyo tema fue: *The political economy of*

policy reform (La política económica de la política de reforma).

Durante dos días de debate, ejecutivos de gobierno, de los bancos multilaterales y de empresas privadas, junto a algunos académicos, discutieron con representantes de once países de Asia, África y América latina "las circunstancias más favorables y las reglas de acción que podrían ayudar a un *technopol* a obtener el apoyo político que le permitiría llevar a cabo con éxito" el programa de estabilización y reforma económica que el mismo Williamson, algunos años antes, había llamado *Washington Consensus*

(Consenso de Washington).

Un plan único de ajuste de las economías periféricas suscripto, hoy, por el FMI y por el BIRD en más de 60 países de todo el mundo. Estrategia de homogeneización de las políticas nacionales operada en algunos casos, como en buena parte de África (comenzando por Somalia a principios de los años 80), directamente por los técnicos de aquellos bancos; en otros, como por ejemplo en Bolivia, Polonia y aun en Rusia hasta hace muy poco tiempo, con la ayuda de economistas universitarios norteamericanos, y, finalmente, en países con cuerpos burocráticos más estructurados, por lo que Williamson denominó *technopols*: economistas capaces de sumar al



FRANCISCO MATTO

Naturaleza muerta, 1946

perfecto manejo de su *mainstream* (evidentemente neoclásico y ortodoxo) la capacidad política de implementar en sus países la misma agenda y las mismas políticas del *Consensus*, como es o fue, por ejemplo, el caso de Aspe y Salinas en México, de Cavallo en Argentina, de Yegor Gáidard en Rusia, de Lee

Teng-hui en Taiwán, de Manmohan Singh en la India o del mismo Turgut Ozal en Turquía y, a despecho de todo, de Zélia y Kandir en Brasil.

Un programa o estrategia secuencial en tres fases: la primera, consagrada a la estabilización macroeconómica, teniendo como prioridad absoluta un *superávit fiscal* primario e incluyendo invariablemente la revisión de las relaciones fiscales intergubernamentales y la reestructuración de los sistemas previsionales públicos; la segunda, dedicada a lo que el Banco Mundial viene llamando de "reformas estructurales": liberalización financiera y comercial, desregulación de los mercados y privatización de las empresas estatales; y la tercera etapa, definida como la de la recuperación de las inversiones y del crecimiento económico.

2 Fue en los años 80 cuando el reiterado fracaso de las políticas monetaristas de estabilización introdujo en los debates económicos la importancia crucial, para el éxito en el combate antinflacionario, del "factor credibilidad" y tuvo como consecuencia la canonización de una heterodoxia, la de la re-regulación del cambio o "dolarización".

Luego, ya en los años 90, ante la nuevas evaluaciones pesimistas, tanto del FMI como del BIRD, se

puso de relieve la importancia decisiva del "factor poder político" en el éxito o fracaso de su programa económico. Esta nueva preocupación de los intelectuales y gestores del Consenso de Washington es lo que explica no sólo la realización del Seminario de Bergsten y Williamson sino también la presencia en él de

Pocos aún tienen dudas de que el Plan Real, a despecho de su originalidad operacional, integra la gran familia de los planes de estabilización discutidos en la reunión de Washington.

los científicos políticos Joan Nelson y Stephan Haggard, responsables de uno de los más extensos estudios comparativos realizados en los Estados Unidos sobre esta cuestión.

En su documento introductorio Williamson resume las preguntas e hipótesis centrales relacionadas con las dificultades propias de cada

una de las etapas del plan y sobre las respuestas alternativas encontradas por los diferentes países. Dado que reconoce los perversos efectos sociales y económicos de las medidas de austeridad y liberalización sobre las economías y poblaciones nacionales, el autor también interpreta que con este programa resulta difícil elegir y sostener un gobierno mínimamente estable. De ahí surgen varias tácticas o artilugios políticos orientados a hacer que los electores acepten los desastres sociales provocados en todos lados por el programa neoliberal como problemas transitorios e ineludibles en nombre de un bien mayor a largo plazo.

Se plantea allí que las condiciones más favorables para la aplicación del plan se presentan luego de alguna gran catástrofe (guerra o hiperinflación), que llegue a minar absolutamente cualquier resistencia; cuando los *technopols* consiguen confrontarse con una oposición desacreditada o desorganizada; cuando, además, ellos disponen

de un liderazgo fuerte, capaz de "aislarlos" en relación con las demandas sociales.

Condiciones de las que no pueden prescindirse, por cierto, en todas las situaciones, son la formación previa de una coalición de poder lo suficientemente fuerte como para aprovechar las condiciones favorables y asumir, por un largo período, el control de gobiernos sostenidos por sólidas mayorías parlamentarias. Esta sí es una condición considerada indispensable para poder transmitir "credibilidad" a los actores que realmente interesan en este caso: los "analistas de riesgo" de las grandes empresas de consultoría financiera, responsables, en última instancia, de la dirección en que se mueven los capitales "globalizados".

3 Pocos aún tienen dudas de que el Plan Real, a despecho de su originalidad operacional, integra la gran familia de los planes de estabilización discutidos en la reunión de Washington, donde Brasil estuvo representado por el ex ministro Bresser Pereira. Y ahí se inscribe no sólo por haber sido formulado por un grupo paradigmático de *technopols*, sino por su concepción estratégica de largo plazo, anunciada por sus autores, desde la primera hora, como condición inseparable de su éxito en el corto plazo: ajuste fiscal, reforma monetaria, reformas liberalizantes, desestatizaciones, etc. para que sólo después de restaurada una economía abierta de mercado pueda darse una recuperación del crecimiento.

En este sentido sus *technopols*, como buenos aprendices, saben que la dolarización inicial de la economía será siempre un artificio incoo si no está asegurada por condiciones de poder inalterables durante un período prolongado.

Desde este punto de vista, por lo tanto, el Plan Real no fue concebido para elegir a Fernando Henrique

Cardoso, es éste quien fue concebido para viabilizar en Brasil la coalición nacional-populista le atribuya" y que, por eso, "había optado por el orden, esto es, por abdicar de una vez por todas de intentar la hegemonía plena de la sociedad, satisfaciéndose con la condición de socio menor del capitalismo occidental".

4 Por esto no sorprende la confusión popular frente a la candidatura de FHC y sus relaciones sinérgicas con el Plan Real. Lo que sorprende, sí, es la confusión aun mayor que reina entre los intelectuales que critican o justifican emocional o ideológicamente sus actuales preferencias políticas.

Error que no cometería el FHC profesor, lógico y realista, si no estuviera impedido de recuperarse a sí mismo y al que explica todavía mejor sus actuales preferencias políticas: sus propios ensayos sobre el empresariado industrial y la naturaleza asociada y dependiente del capitalismo brasileño, acuñados en los años 60.

Estos permiten entender y acompañar de manera perfectamente racional el camino lógico que condujo a FHC a su actual posición en el ajedrez político-ideológico brasileño. Pero es verdad que al mismo tiempo contienen el libelo más duro, vehemente y esencial contra su propia opción. En términos muy sintéticos:

a) El trabajo académico de FHC puede ser, todo él, definido como una búsqueda incansable de los "nexos científicos" entre los intereses y objetivos diseñados por las situaciones "histórico-estructurales" y los caminos posibles que van siendo contruidos políticamente en las sociedades concretas por los grupos sociales y sus coaliciones de poder.

b) Desde esta perspectiva, FHC fue uno de los pioneros en investigar y concluir, de manera implacable, ya en 1963, que "la burguesía industrial nacional estaba impedi-

da, por motivos estructurales, de desempeñar el papel que la ideología nacional-populista le atribuya" y que, por eso, "había optado por el orden, esto es, por abdicar de una vez por todas de intentar la hegemonía plena de la sociedad, satisfaciéndose con la condición de socio menor del capitalismo occidental".

Constatación que le permitió descubrir muy temprano en el empresariado brasileño una condición universal del capitalismo: la de que puede estar asociado, independientemente, según las circunstancias, a un discurso ideológico proteccionista o librecambista, estatista o antiestatista, obedeciendo apenas al interés mayor de la libertad de movimiento del capital y de los desdoblamientos geoeconómicos y políticos de su continua internacionalización.

c) Este descubrimiento fue responsable directo de su paso siguiente y más original: para FHC si la condición periférica del capitalismo se definía por la ausencia de moneda convertible y de capacidad endógena de progreso tecnológico, su

"condición dependiente" se definía por la forma peculiar de asociación económica y política del empresariado nacional con los capitales internacionales y el Estado.

Trípode de sustentación económica de la fase de "internacionalización del mercado interno" (donde las empresas multinacionales asumen el liderazgo en casi todos los sectores de punta, responsabilizándose por cerca del 40 por ciento del producto industrial) y de un tipo de "industrialización asociada", tan viable cuanto inevitable desde el punto de vista de la "burguesía industrial brasileña".

d) Durante los años 70 el trabajo intelectual de FHC consistió en demostrar que esta "situación estructural" no impedía el crecimiento económico ni lo asociaba necesariamente a un único modelo social y político. Concluyendo, inmediatamente antes de entrar en la vida política, que el carácter depredatorio, excluyente y autoritario del capitalismo brasileño era la marca propia que la coalición conservadora de poder imprimiera al Estado



FRANCISCO MATTO

Construcción en siete colores "Soyp", 1947

desarrollista brasileño.

5 No es difícil extender y actualizar el análisis de FHC sobre la nueva "situación estructural", definida por una internacionalización más avanzada o globalizada del capitalismo, asociada al aumento de nuestra "sensibilidad" interna a los cambios de la economía mundial. Sobre todo porque la nueva realidad trasciende pero no invalida lo esencial de lo que FHC escribió en los años 60 y 70. Y su inteligencia le impide repetir tonterías y le permite saber que lo que interesa para Brasil en el nuevo contexto globalizado no tiene nada que ver con la caída del Muro de Berlín ni tampoco con el agotamiento del modelo de sustitución de importaciones, que ya ocurrieron en los años 60/70...

En esa actualización basta tener claro que la globalización no es un proceso completamente apolítico, incluyendo, desde los años 80, crecientes presiones de gobiernos y organismos multilaterales sobre la conducción local de las economías periféricas. Por eso los ajustes nacionales tampoco son puramente económicos. Los Estados nacionales tienen que optar y decidir cómo es que se conectan la nueva redefinición de las coaliciones interna y externa de poder.

En nuestro caso el viejo tripedo económico y su alianza con las elites políticas regionales entró en crisis y debe ser rehecho. De los antiguos aliados, la vieja elite política está desgajada regionalmente; el socio internacional se "financierizó"; el empresariado local, que ya se "ajustó" a nivel microeconómico, conserva su vieja opción aun cuando haya encontrado su lugar exacto

como "socio menor asociado", y por eso se alineó plenamente con el librecambismo antitratadista del *Washington Consensus*; y, finalmente, el Estado, financieramente fallido, además ya fue destruido de manera absolutamente irracional e ideológica por el gobierno Collor.

**FHC sabe como nadie que cam-
biar o rehacer esta ar-
ticulación económica
y alianza política
es el problema que
hoy está colocado en
el centro del escenario
brasileño. Y frente
a este desafío tomó
su primera y decisiva
definición: resolvi-
do acompañar la po-
sición de su viejo ob-
jeto de estudio, el
empresariado brasile-
ño, y asumir como
un hecho irrecusable
las actuales relaciones de
poder y
dependencia internacio-
nales.**

**FHC optó por sostener
la estrategia del
consenso de
Washington,
valiéndose de la misma
coalición de poder
que construyó y
destruyó el Estado
desarrollista de forma
igualmente excluyente
y autoritaria.**

las actuales relaciones de poder y dependencia internacionales.

Dejó su idealismo reformista y se quedó con su realismo analítico, abdicando de los "nexos científicos" para proponerse como *condottiere* de su burguesía industrial y reconducirla a su destino manifiesto de socia menor y dependiente del mismo capitalismo asociado, renovado por la tercera revolución tecnológica y por la globalización financiera.

6 Como consecuencia natural, adhirió a la estrategia de ajuste del FMI y del Banco Mundial. Pero su opción más importante no fue ésta. Disponía de un elenco de alternativas políticas para implementar esa misma estrategia y sin embargo, frente a la hipótesis de una alianza de centroizquierda que podría revolucionar el sistema político y social brasileño, aproximándolo al social-liberalismo de Felipe González, FHC prefirió el camino de Oraxi, Vargas Llosa o Mitsotakis y se decidió por una alianza de cen-

tro-derecha con el PFL, que le garantiza el apoyo natural de los demás partidos conservadores en un eventual segundo turno. Una alianza por razones puramente electorales, pues de todos modos Collor y Berlusconi ya demostraron que en ese campo es posible obtener mejores resultados por caminos más directos y "modernos".

Lo que la nueva alianza de FHC se propone, en verdad, es algo más serio: reconstruir la tradicional coalición sobre la que se sustentó el poder conservador en Brasil. Este es el verdadero significado derechista de su decisión, que no es de hoy sino de mayo de 1991, cuando apoyó la reorganización del gobierno Collor en alianza con el propio PFL de ACM y Bornhausen.

Si allí no tuvo éxito fue por obra del destino o de Mario Covas, pero las cartas ya estaban echadas. Desde entonces tejó de forma brillante y eficiente la adhesión de casi toda la gran prensa y el empresariado y en especial los apoyos internacionales que le faltaron a Collor, evidentemente, además de las evaluaciones de riesgo de las grandes consultoras financieras publicadas por la prensa internacional, el reciente desfile de personalidades mundiales (públicas y privadas) del neoliberalismo que han venido a dar apoyo al programa de estabilización y reformas de FHC. Todavía le faltan dos cosas: el apoyo de los líderes políticos regionales que vienen negociando con inmensa dificultad a partir del PFL y el de los electores que pretende obtener a través del éxito instantáneo de su Plan Real.

En síntesis, FHC optó por sostener la estrategia del Consenso de Washington, valiéndose de la misma coalición de poder que construyó y destruyó el Estado desarrollista de forma igualmente excluyente y autoritaria. Y con eso, en nombre de su realismo, en verdad está proponiéndose, de una vez, refundar la

economía sin refundar el Estado brasileño. Y aquí, sí, contradice un punto esencial de sus ideas y de su pasado reformista.

7 No nos interesa discutir aquí por qué el programa FMI/BIRD puede ser virtuoso para el empresariado y catastrófico para un país continental y desigual como Brasil, sino apenas atenemos a los dilemas internos y específicos de tal propuesta y de su experimentación concreta, para esclarecer así el significado más radical de la opción de FHC. Pero para eso debemos regresar brevemente a Washington.

No sólo a las sugerencias prácticas del seminario de John Williamson, sino a las conclusiones del estudio comparativo de J.Nelson y S.Haggard sobre un grupo de veinticinco países que antecederían a Brasil en la adhesión al *Washington Consensus*. Y aquí todas las experiencias apuntan en una misma dirección: el proyecto no avanza sin "credibilidad" y no hay credibilidad posible sin gobiernos con autoridad centralizada y fuerte. Pero ¿por qué llegaron a esta conclusión, de que era indispensable apelar a la política y a Estados fuertes para alcanzar el "mercado casi perfecto"?

Primero, porque en la mayoría de los países que ya aplicaron las políticas e hicieron las reformas recomendadas no hubo la esperada recuperación de las inversiones. Y eso porque, en segundo lugar, el apoyo empresarial, interno y externo, no pasa del entusiasmo retórico a la cooperación activa, indispensable inclusive para la primera etapa de la estabilización, si no tiene garantías sobre las reformas liberalizantes.

En tercer lugar, como consecuencia, además, todos los países que lograron vencer la etapa de la estabilización contaron con una ayuda externa políticamente dirigida; en el caso chileno, 3 por ciento del

PBI durante cinco años de ayuda pública más un aporte equivalente, durante tres años, por parte de los bancos comerciales; 5 por ciento del PBI durante cinco años en el caso de Bolivia; 2 por ciento del PBI durante seis años en el caso de México, etc.

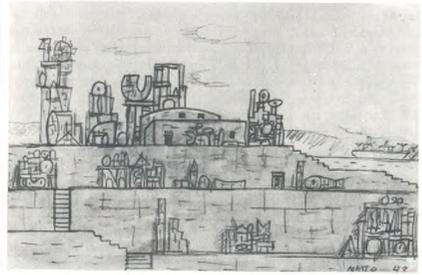
Pero, en cuarto lugar, aun cuando obtuvieron ayuda externa y se estabilizaron, esas economías "reformadas" atravesaron profundas recesiones, significativas pérdidas de la masa salarial y aumento geométrico del desempleo, los famosos "costos sociales" de la estabilización.

En quinto lugar, inclusive allí donde hubo recuperación del crecimiento, ése ha sido lento y absolutamente incapaz de reemplazar los empleos destruidos por la restructuración y apertura de las economías. Resultando que, para culminar, en sexto lugar, en el caso de esas experiencias bien comportadas, las etapas de estabilización y reformas tomaron de tres a cuatro años cada una y hasta una década para la recuperación efectiva del crecimiento.

En este cuadro, como es obvio, resulta difícil obtener credibilidad para las políticas neoliberales junto al empresariado, su aliado indis-

pensable, y todavía más, junto a los trabajadores. Surge de ahí la conclusión inevitable: la larga espera por los eventuales resultados positivos de las políticas y reformas preconizadas por el FMI y el BIRD demandan una estabilización prolongada de la situación de poder favorable a las reformas. Solución, que desemboca, a la vez, en un nuevo problema: el de la viabilización electoral duradera de la coalición "reformista". Ahí está la cuestión: ¿cómo hacer para que el pueblo comprenda y apoye por un largo período, y a pesar de su pesada desventura, la verdad de los *technopols*? O, en términos más directos: en estas condiciones ¿cómo ganar elecciones y mantener durante tanto tiempo una sólida mayoría en el Congreso Nacional?

8 Frente a este desafío, descartada la "alternativa Menem" (usar un programa para la campaña electoral y otro en el gobierno), defendida con entusiasmo en el Seminario de Washington por Nicolas Barlette del International Center for Economic Growth (Centro Internacional para el Crecimiento Económico), los estudios apuntan hacia tres conocidos caminos:



FRANCISCO MATTÓ

Dibujo para un proyecto para salteres de artistas, 1948

a) el de los partidos capaces de asegurar la victoria y la mayoría parlamentaria por más de una década, lo que en general se dio en sociedades con menores índices de inflación y/o desigualdad social;

b) el de la existencia de condiciones excepcionales, de guerra o recuperación democrática, favorables al logro de acuerdos entre partidos, sindicatos y empresarios;

c) o en todo caso, como los estudios mencionados indican en casi todos los países con economías de alta inflación, gran fragilidad externa y extrema desigualdad social, la apelación a regímenes autoritarios permanentes o "quirúrgicos", como fue el caso de Turquía a comienzos de los 80 y de Perú más recientemente.

9 FHC, desde 1991, por lo menos, optó claramente por este proyecto de modernización neoliberal y por un bloque de apoyo de centro-derecha. En este sentido, según nos relata la experiencia, optó por una estrategia socioeconómica que ha profundizado los niveles de desigualdad y exclusión social. Y, por último, también optó, para llevar adelante este proyecto antisocial y generalizadamente autoritario, por una coalición política que siempre fue autoritaria y que logró forjar, antes y durante la era desarrollista, ésta nuestra sociedad que hoy ocupa el penúltimo lugar mundial en términos de concentración de la renta.

Es en este sentido que se puede concluir, sin ofender la lógica, que FHC realmente adhirió a un proyecto de *agriorientamiento* del autoritarismo antisocial de nuestras elites.

10 Ahora el juego ya comencé y las cosas evolucionaron. Hoy FHC se transformó en rehén de sus propios *technopols*. Como su propuesta neoliberal satisface al empresario pero deja poco margen para tejer alianzas con las viejas elites políticas regionales y como la situación

Quien quiera que sea el ganador tendrá que someterse a los technopols, a menos que quiera enfrentar una hiperinflación explícita, con fuga de capitales, sobrevaluación cambiaria y desequilibrio.

de los electores empujó enormemente desde que asumió el Ministerio de Hacienda, sólo le resta esperar un milagro de los tres meses prometidos por las "iluminadas" cabezas de su equipo económico. En este punto, además, Brasil produce una novedad que tal vez pueda ser comentada en el próximo Seminario de

Washington: en lugar de silenciar los efectos perversos del programa, se hacen de su anticipado éxito de cortísimo plazo el gran arma para obtener la victoria electoral... Y es por esto también que en este caso el plan de estabilización nació de manera autoritaria, de tal forma que, desde ahora, la conducción es independiente del conocido sentido público del ministro Ricupero. Lanzado en un período electoral cuando, por definición, las opciones son libres y los resultados indeterminados, el preanunciado éxito del Plan supone que sólo podrá haber un ganador o, peor, supone que quien quiera que sea el ganador tendrá que someterse a los *technopols*, a menos que quiera enfrentar una hiperinflación explícita, con fuga de capitales, sobrevaluación cambiaria y desequilibrio fiscal generado por las altas tasas de intereses. Para no hablar de que, en estos tres meses de artículo, todo lo que forma parte normal de una campaña electoral será considerado subversivo desde el punto

de vista del Plan... Resulta innecesario agregar, en este momento, que aunque FHC gane las elecciones difícilmente tendrá la mayoría parlamentaria de que hablan, lo que nos predispone fuertemente, según la experiencia relatada, a prolongar en el tiempo la concepción originariamente autoritaria del Plan. En este sentido, al revés de lo que algunos sostienen, FHC está dando una nueva y sofisticada colaboración a la irracionalidad de la política brasileña.

11 Y en cuanto a la moneda que nace, después de llegar a Brasilia protegida por los tanques del Ejército, seguirá siendo una moneda virtual anclada en una paridad cambiaria que, a su vez, está enganchada a un futuro político imposible de ser asegurado de antemano. Tendríamos suerte en este sentido si al respecto apenas pudiésemos parafrasear a Helmut Schmidt (cuando dijo aquí en Brasil, comentando la posibilidad del éxito inmediato de las reformas liberales en el Este de Europa): "tendría que ser profesor de Harvard para creer en estas tonterías". Nuestra situación es todavía más triste, porque tenemos que reconocer que nuestros *technopols* consiguen reunir las "tonterías de los profesores de Harvard" con la irresponsabilidad de los monederos falsos de André Gide. □

Nota

* Este artículo, cuyo título, obviamente, alude a la conocida novela de André Gide, fue publicado el 3 de julio de 1994 en el suplemento "Mais!" del diario *Folha de São Paulo*. El autor es cientista político, profesor titular del Instituto de Economía Industrial de la Universidad Federal de Río de Janeiro, coautor (con María da Conceição Tavares) de *Desajuste global en modernización conservadora*. Tradujo Osvaldo Pedrosa.

Reforma e imaginación*

El autor responde en este trabajo a las críticas formuladas por el cientista político José Luís Fiori, en su trabajo "Los monederos falsos", publicado en el suplemento "Mais!" del diario *Folha de São Paulo*.

Fernando Henrique Cardoso

Una de las mayores dificultades para los candidatos a la presidencia de la república es mostrar al electorado que tienen una propuesta para el país y decir cómo pretenden ejecutarla. Es verdad que algunos candidatos insisten más en la propuesta —o en el sueño que la anima— que en lo que se refiere a su ejecución, inclusive porque muchas de sus medidas son inaplicables. Pero, para bien o para mal, los candidatos de las principales fuerzas políticas tienen propuestas e intentan mostrar cómo pretenden llevarlas a la práctica. Aprovecho por eso este espacio para entrar en el debate que realmente interesa, el de las propuestas a futuro para el Brasil y el de las alianzas capaces de concretarlas.

Me asusta lo que se dice sobre lo que sería mi propuesta. Así como las opiniones casi siempre se sitúan en un contexto político y no precisamente académico, en general la crítica es hecha hacia lo que suponen constituye un proyecto "neoliberal". Para construir ese proyecto se hace una mezcla entre lo que suponen es mi pensamiento con una también supuesta inflexión política "a la derecha". Esta última gracias a la alianza de PSDB con el PFL (olvidándose casi siempre del PTB). En la lucha ideológica, lo que se desea proyectar es la imagen de que yo habría

resuelto vestir la máscara del consenso de Washington y adherir al clientelismo político "nordestino".

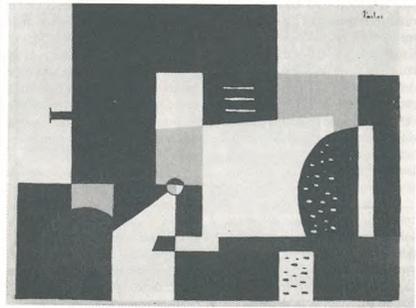
Para estigmatizar mejor aun el blanco se dice que, después de haber repudiado todo lo que escribí y luego de que, en 1991, habría forzado el apoyo al gobierno de Collor —sólo evitado por la oposición de Covas—, no es de extrañar que ahora esté encargado de llevar adelante el Consenso de Washington. Este, para los no iniciados, se refiere al conjunto de políticas llamadas neoliberales, comenzando por la estabilización de la moneda a través del ajuste fiscal y de la reforma monetaria, para continuar con las privatizaciones, la apertura de la economía y la recuperación del crecimiento, en el contexto de una economía globalizada.

Inicialmente sepáramos lo que es la historia mal contada de lo que es el análisis objetivo de una situación. Pero, para lo que respecta al apoyo a Collor —y de eso hay testimonios— la decisión de no participar en el gobierno fue mía y de Tasso Jereissati, exclusivamente. Abrimos el debate en el PSDB, discutimos tal posibil-

idad y rechazamos la participación en el gobierno porque percibimos que no podríamos influir en las decisiones. Pero, dirán los críticos, quisieron participar de un gobierno que era favorable al Consenso de Washington. Esta es la cuestión central. Desde el famoso discurso del senador Mario Covas, cuando era candidato a la presidencia de la república, sobre el "shock de capitalismo", el PSDB tuvo que confrontarse con la gran cuestión de nuestro tiempo: cómo hacer funcionar la economía del país y cómo mantener la democracia, ampliar la igualdad y asegurar la justicia social. En un país como Brasil, de pobreza y concentración de la renta, esa temática es crucial.

En otros términos, para resolver las cuestiones no sólo económicas sino también sociales existe una vía socialdemocrática para el desarrollo sostenido y para la mejora de la vida del pueblo, que se diferencia, por un lado, de la creencia en el automatismo del mercado y en la fuerza de la empresa y, por otro, del intervencionismo burocrático-estatal?

Es eso lo que está en cuestión en las elecciones del 3 de octubre. Y las respuestas son varias. Simplificando, el candidato del PMDB vuel-



MANUEL PAÍLOS

Máquina, 1958

ve a los temas y soluciones de los años 60 y reafirma que el crecimiento económico palanqueado por el sector productivo estatal, con algún tipo de protección del mercado interno y cierto intervencionismo estatal, daría la fórmula para nuestro futuro.

El PT, de modo más confuso, porque incorpora algunas preocupaciones internacionalistas y sustituye el clientelismo tradicional por el corporativismo, también parece apostar al proteccionismo del mercado, la solidaridad internacional de los grandes países no totalmente integrados al sistema productivo global (China, Rusia, India, parte de África, etc.) y en la

plataformas propias o, si los tienen, no asumen tales posturas, dejándolas a los cuidados de ideólogos aislados como por ejemplo Roberto Campos. Al revés de los ideólogos de la izquierda, recuerdan la inexistencia de propuestas neoliberales en nuestra política -gracias a su inviabilidad práctica- y hacen lo

Se imaginan a la vanguardia pero se identifican con el atraso; sus referencias valorativas están circunscritas en el horizonte del pasado y no tienen cómo dar curso a las ideas que para ellos representan el "progreso".

contrario. ¿Y por qué lo apoya? Porque los líderes más lúcidos del partido reconocen que es preciso (inclusivo, para ganar las elecciones) reformular el ideario liberal, aun el liberal-social, y establecer un puente con las realidades del país.

¿Qué realidades son éstas? Es en este punto donde entra la propuesta de mi candidatura. Como escribió uno de los críticos más lúcidos, José Luis Fiori ("Máis" del 3/7) yo no desistí de análisis sociológico alguno. Así como hace treinta años mostré (lo que en la época era oscuro) que la "burguesía nacional" -o mejor, la ideología a ella imputada por la izquierda- no tenía la menor posibilidad de proponer un proyecto hegemónico para Brasil a causa de lo que llamé "internacionalización del mercado interno", continué creyendo que la globalización de la economía -quién sabe o no los críticos- existe como consecuencia de una nueva forma (hasta tecnológica) de producir.¹

Esta cuestión no está colocada por mis adversarios ni, por lo tanto,

es incorporada a las propuestas que ellos presentan. Por no reconocer objetivamente, sociológicamente, económicamente, que hubo un cambio en el patrón estructural de la economía y de la sociedad contemporánea, tienen propuestas regresivas.

Se imaginan a la vanguardia pero se identifican con el atraso; sus referencias valorativas están circunscritas en el horizonte del pasado y no tienen cómo dar curso práctico a las ideas -por generosas que sean- que para ellos representan el "progreso".

Pero sólo hasta ahí la argucia objetiva del ya citado José Luis Fiori. De ahí en adelante piensa que así como mostré que había una relación dependiente-asociada entre la economía local y la internacional, *ipso facto*, por "realismo", yo habría abandonado toda postura reformista y generosa para proponer -nada menos- la reconstrucción de una alianza oligárquica capaz de sustentar el Consenso de Washington.

Para "probar" esto practica una "falacia ecológica": yo habría sido "creado" para, proponiendo el Real y la estabilización económica, dar vigencia al neoliberalismo washingtoniano.

Hay una licencia poco poética acerca de los actos y las intenciones. Se olvidan de lo principal: cualquier ministro de Hacienda, semi-competente, ante la amenaza hiperinflacionaria que corroía al Estado y arruinaba no sólo la economía sino la oferta de empleos y los salarios del pueblo, debía ser radical, esto es, debía ir a la raíz de los problemas. En la coyuntura brasileña la inflación pasó a ser una esfinge: si no pudiera ser descifrada nos devoraría a todos.

¿Será este argumento una mera racionalización? Es preciso ver lo que está sucediendo en Venezuela para advertir que, después de la tremenda crisis político-moral, de intentos frustrados de estabilización y de una elección que colocó en el

poder a gente con pensamiento nacional-popular, en lugar de la implantación de una "democracia de masas" se sucedieron restricciones constitucionales, se produjo una crisis generalizada y se anuncia un nuevo intento de estabilización. Sólo que ahora al costo probablemente de un precio brutal, de la pérdida de tiempo precioso y de mucho sufrimiento del pueblo, a despecho de las mejores intenciones del presidente Caldera.

¿Y con Alan García, en Perú, fue diferente?

No se trata, por lo tanto, de colocar rútolos ni de hacer una inversión temporal de los hechos, suponiéndose que hubo una "inteligencia política intencional y superior" que, como una nueva mano invisible, esta vez en la política, ordenó la disputa electoral y dirigió la acción gubernamental para imponer la "pax americana" en nuestra economía. Basta de artificios y de estereotipos conspiratorios de este tipo.

La política de estabilización propuesta -sin monitoreo del FMI y sin pasar por recesiones- es apenas un intento para asegurar condiciones de gobernabilidad y para permitir que el país llegue a las elecciones. Si los críticos, en lugar de distorsionar lo que yo pienso y propongo, percibiesen que desco reconstruir al Estado para permitir que se dé la guerra al "apartheid social", llegarían a otras conclusiones.

Este es el desafío y la respuesta a ello nada tiene de neoliberal, sino más bien de socialdemócrata. De una socialdemocracia que funcione en una sociedad de masas con mucha pobreza y marginación cultural, basada sobre una economía de mercado ya inserta, en buena medida, en la economía globalizada y aún incapaz de reducir las desigualdades.

Inclusive los actores políticos, como Lula, que no reconocen el patrón estructural de la economía contemporánea, terminan intentan-

do de convencer al resto del mundo que ellos, en la práctica, no harán lo que sus proyectos suponen que van a hacer: no denunciarán el acuerdo de la deuda externa, no harán distinciones entre empresas nacionales y extranjeras, continuarán la privatización, etc.

Como no soy incoherente ni renegué de mi tradición de análisis sociológico, no preciso usar un lenguaje diferente conforme al auditorio. Pero de ahí no surge que yo defendiera el "libre mercado", que deje de considerar la necesidad del fortalecimiento del Estado ni, mucho menos, que deje de ver la "deuda social" como la parte principal y más urgente a ser resuelta de la herencia nefasta de nuestro pasado elitista y antidemocrático.

Es en este punto donde reside la necesidad de imaginación socioló-

gica para realizar las reformas. Los críticos de poca profundidad sólo ven al neoliberalismo como alternativa a las ideologías instaladas en un pasado en extinción, nacional-autoritario, nacional-popular o nacional-desarrollista. No advierten que lo nuevo de la situación brasileña (como ocurrió en Chile y en varios otros países) es que el clientelismo tradicional, que ellos piensan que está cristalizado en el PFL (con gran injusticia, pues quien fue ministro de Hacienda sabe que esa plaga está muy bien distribuida entre varios partidos, algunos de los cuales son del "centro" y de la "centroizquierda"), está quebrado sin remisión posible. La crisis de la Comisión de Presupuesto del Congreso fue sólo la gota de agua de un sistema que coaligaba intereses económicos e intereses políticos de las



oligarquías regionales. Ese sistema ya no servirá de apoyo a gobierno alguno.

Es, por lo tanto, como mínimo una subestimación a mi capacidad analítica y a mi imaginación (para no hablar de mis valores) pensar que ante la "realidad contemporánea" yo opté (y llevé al PSDB a

Si las fuerzas políticas conservadoras intentaran oponerse a esta reforma, encontrarán en la sociedad y en los sectores lúcidos del PSDB y de sus aliados una barrera impenetrable. Este es nuestro compromiso.

optar) por una alianza conservadora. Y en cuanto a ser conservador: esta alianza sería ineficaz aun para servir de contrapunto a los intereses del capitalismo internacional.

¡Por el amor de Dios! Que los críticos sean más generosos al juzgar, si no en las virtudes y el carácter, por lo menos la inteligencia de los que estamos hoy coaligados alrededor de un programa de reformas viables en Brasil.

El gran talón de Aquiles -y el gran desafío- de la presente situación brasileña es precisamente éste: la inserción de Brasil en el sistema productivo internacional, para servir a los intereses nacionales y populares, requiere un Estado reformado, capaz de abrirse eficazmente a los intereses de la población, especialmente de la mayoría de los pobres que viven una ciudadanía incompleta.

El PT apunta, con razón, hacia la causa de la ciudadanía y el clamor de los pobres. Pero su política económica (?) y su visión del mundo hacen que la supervivencia de la propuesta se desmorone en la muralla de su incompetencia para ver lo "nuevo" en el plano global y, lo que es peor, en el compromiso del partido con los intereses corporativos de la burocracia. Por minimizar la revolución productiva que ya ocurrió y el propio papel de la iniciativa privada (mejor dicho, social) en la

producción e incorporación de inventos tecnológicos y por no dar la debida importancia a la crítica hacia el corporativismo estatal-forma moderna y no por eso menos negativa del clientelismo político-son incapaces de ajustar al contexto contemporáneo la lucha por la igualdad y por la erradicación de la miseria.

No advierten que, a despecho de las intenciones, que pueden ser generosas, la acción estatal que estimulan crea una nueva barrera a la mejora de las condiciones generales de vida del pueblo y al avance de la economía para volver a hacer posible el aumento y la distribución de la riqueza.

Pues bien, nuestra propuesta (mía, del PSDB y de los que nos apoyan) es reformar el Estado, enfrentando los intereses corporativos, para crear los instrumentos de una nueva articulación entre el país y el orden mundial, sin que éste se dé, como hoy, de cualquier manera, respondiendo automáticamente a las propuestas internacionales o refugiándose en el proteccionismo de un "estatismo vergonzante", manipulado por los intereses corporativos de funcionarios a expensas de los intereses de la inmensa mayoría del pueblo.

En otros términos, dado el colapso que viene de lejos de la "burguesía nacional" y dada la ineficiencia del Estado, estaremos condenados, con o sin el Consenso de Washington, a la ausencia de un proyecto nacional viable si continuamos en la indefinición política en cuanto a la reforma y a la eficiencia del Estado. Y para encarar la reforma del Estado, volviéndolo más competente, con la carrera y entrenamiento adecuado de los funcionarios pero mirando a la innovación

social y menos sujeto a los intereses corporativos de las empresas estatales y de los segmentos "leales" de la burocracia, para todo ello se requiere una nueva fórmula política.

Esta, repito, no podrá mantener el estileto clientelístico-ideológico del pasado ni asumir una fisonomía corporativo-innovadora. Si las fuerzas políticas conservadoras de cualquier rama de los partidos políticos aliados o de los demás partidos- intentaran oponerse a esta reforma, encontrarán en la sociedad y en los sectores lúcidos del PSDB y de sus aliados una barrera impenetrable. En esto reside nuestro compromiso político con el electorado.

¿Acerará nuestra propuesta? Como todo en la historia, eso no se sabe de antemano. Pero Brasil, desde el punto de vista económico, dispone de condiciones favorables para, una vez controlada la inflación, orientarse hacia metas ambiciosas de crecimiento, dando un salto cualitativo en su patrón estructural. Para eso tendrá que aumentar el "coeficiente de materia gris" en nuestro modelo económico: población más educada, mayores inversiones en ciencia y tecnología, sentido de prioridades.

Mientras tanto eso se procesa, es necesario aprovechar nuestras ventajas estratégicas: metas audaces en la agricultura, programas intensivos de entrenamiento de mano de obra, expansión de los sectores de servicio, especialmente el turismo, local e internacional, junto a lo que sea posible del sector público) en energía, puertos y transportes.

La gran cuestión a ser enfrentada por el próximo gobierno, una vez aceptado este conjunto de acción inmediata, será política y social.

En vez de caminar en la dirección supuesta por mis críticos "de izquierda" (¿o de corta imaginación?), la alianza capaz de viabilizar el salto necesario pasará por el apoyo de sectores sensibles a las necesi-

dades de la reestructuración y del fortalecimiento del Estado en la orientación apuntada, tanto en el medio empresarial como en el medio sindical y profesional, y por el realineamiento de los sectores productivos, nacionales y multinacionales, para hacer frente, bajo un liderazgo político claro, a los nuevos tiempos, implementando con urgencia las reformas de estructura capaces de dar a la población más empleos, mejor educación, salud, habitación y alimento.

Tal como lo desean todos los

candidatos. Sólo que no disponen de las condiciones políticas para aglutinar las fuerzas capaces de no sólo querer sino de realizar en la dirección necesaria para combatir en la práctica, y no sólo en las intenciones, la pobreza y la miseria que hacen de Brasil un país echado eternamente en el atraso y en el subdesarrollo.

Hay existen condiciones objetivas para revertir este cuadro. No hacerlo, o es incapacidad o, lo que es peor, inmoralidad, por la comi-

vencia con la explotación del pueblo y la injusticia social. □

Notas

* Este artículo fue publicado el 10 de julio de 1994 en el suplemento "Mais", del diario *Folha de São Paulo*. Tradujo Osvaldo Pedrosa.

1 La famosa frase repetida siempre en *Folha*: "obviden todo lo que escribí", jamás fue dicha por mí. Hasta hoy, a pesar de mi desafío, nadie fue capaz de decir a quién, cuándo y dónde yo habría dicho tal disparate.

El gran desafío es la deuda social*

Reproducimos aquí una síntesis de la conferencia de prensa de Fernando Henrique Cardoso del 6 de octubre de 1994, la primera ofrecida en su condición de virtual presidente electo.

Fernando Henrique Cardoso

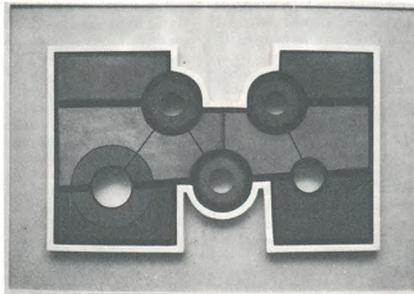
Asistimos a una interrupción abrupta de un gobierno, del gobierno anterior, que por primera vez en la historia-al menos que yo sepa- tras ser elegido democráticamente fue interrumpido por decisión de un Congreso soberano y con apoyo del pueblo. Y el gobierno que le sucedió, el del presidente Itamar Franco, fue capaz, con el apoyo de ese mismo pueblo, de proseguir con las tareas de implantación de la democracia y, aun más, de dar comienzo a una profunda transformación para que mañana ese pueblo compruebe que en las democracias también es posible la prosperidad y para que esa prosperidad no quede en manos de unos pocos sino que sea un camino a ser transitado

por la mayoría de la población.

«Ud. señaló que va a buscar primordialmente la justicia social. Ahora bien, toda inversión social requiere dinero y en este país, históricamente, cada vez que el presupuesto se desequilibra lo que se hace es crecer los impuestos, aumentando principalmente la carga tributaria de los asalariados de clase media y baja. Querría saber cómo va a actuar a ese respecto, si va a

impulsar alguna reforma impositiva, tratando de mantener el equilibrio del presupuesto, y si van a ser aceleradas las privatizaciones, tan directamente vinculadas al cálculo presupuestario.

«En primer lugar voy a referirme al tema de las privatizaciones. Nuestro combate a la inflación y por la estabilización fue hecho casi sin apelar a las privatizaciones. Aunque no tengo detalles de cifras, por cierto sé que existe un déficit presupuestario; debe ser cubierto y uno de los mecanismos para hacerlo es el de las privatizaciones. Pero no me gustaría que éstas se orientasen,



CARMELO ARDEN QUIN

como sucedió en otros países, a cubrir los gastos corrientes, porque se trata de un patrimonio y lo mejor sería aplicarlo en infraestructura, en materias que sean de rentabilidad permanente para el Estado. De todos modos tenemos un "colchón" muy grande que nos permite garantizar la estabilidad de la moneda.

En cuanto a la reforma tributaria, todo el mundo dice que es necesaria y yo también: hay que hacerla. El problema de la reforma está en la Cámara y en el Senado. Allí hay varios proyectos, muchos de los cuales son convergentes. La dificultad es que tenemos que simplificar, debemos hacernos menos declaratorios, liberar el consumo, pero no podemos disminuir la masa de recursos de que dispone el Estado, lo cual hace necesario establecer un equilibrio difícil de lograr, ya que buena parte de las reformas propuestas supone una disminución de los ingresos.

Por otro lado, creo que va a ser muy interesante el período que se abre hasta fin de año, pues la estabilización ya ha dado lugar a una mayor recaudación a nivel municipal y estadual. En lo que de mí dependa intentaré activar el tratamiento del tema en el Congreso, aunque no sé cuáles serán las condiciones políticas, pues aún no se ha definido completamente la integración de los cuerpos legislativos. De todos modos, tenemos el Fondo Social de Emergencia y la posibilidad de encarar alguna privatización para garantizar la estabilidad.

"El Plan Real, que parece haber sido "el gran elector", sólo es la primera parte de una de las tantas reformas de la vida del país, ya que se impone la adopción de medidas aun más duras y hasta antipáticas.

¿Cree Ud. que esas medidas podrán ser adoptadas antes de su asunción como presidente? Y en caso contrario, ¿estaría dispuesto a adoptar Ud. esas medidas antipáticas para asegurar el éxito del plan?

- La medida más antipática que existe es la inflación. Cuando fui ministro de Hacienda jamás dudé

en tomar medidas que algunos consideraban antipopulares, por ejemplo, oponerme a la reposición integral del salario que había sido propuesta por la Cámara. Lo hice y lo expliqué por televisión. Brasil ya se cansó de la gente que no explica lo que quiere, que no defiende sus ideas con convicción. Cuando es necesario le hablo

al país y le digo *esto es así*, si me equivoco, que me convengan de mi error, pero si estoy en lo cierto me afirmo en mi convicción. Para mí no existe este asunto de gente simpática o antipática, para mí lo que existe es el acierto o el error. Si es acertado, se hace. Lo que es acertado y rinde sus frutos en el futuro también se hace aunque cause cierta irritación momentánea, pues finalmente la gente entiende qué es lo que está bien. ¡Basta, por favor, de políticas que van en busca del aplauso fácil! Eso es una burla que no tiene consistencia. Lo que sí tiene consistencia es el rumbo, la convicción, y estoy convencido de que debemos seguir combatiendo la inflación, porque la inflación es lo que empuja a los brasileños, es lo que concentra la renta e anula toda previsibilidad, es lo que impide la inversión interna y externa. Eso es lo que vamos a hacer y no importa si es simpático o antipático. No quiero prejuzgar, pero el presidente Itamar Franco siempre me apoyó en ese sentido y nunca tuvo miedo a ese

cuco, y el ministro Ciro Gómez hará lo que deba ser hecho. A ese respecto estoy tranquilo: se hará lo que sea preciso hacer. Y eso de la "antipática" no vale para el pueblo, al pueblo lo que no le gusta es la inflación.

"El año pasado el Congreso aprobó la reducción a cuatro años del mandato presidencial pero no aprobó la cláusula de la reelección, que para muchos era complementaria de aquella. Hoy existen al respecto dos propuestas: a) volver al mandato de cinco años, sin reelección, y b) mantener la duración de cuatro años, pero con reelección. ¿Qué propuesta apoyará su futuro gobierno?"

- En primer lugar, creo que cuatro años es un plazo que permite hacer muchas cosas. El presidente Itamar Franco hizo mucho en apenas dos años. Y no creo que precisamente en este momento, favorecido por el dictamen de las urnas, yo deba ponerme a discutir mi reelección o la extensión de mi mandato, no está en mi espíritu hacerlo. Por lo demás, creo que en mi caso cuatro años está más que bien.

¿Y para el futuro, apoya la vuelta al mandato de cinco años o se inclina por la reelección?"

- Si estuviese en el Congreso, en este momento, votaría por la reelección, pero luego de esta campaña me han entrado muchas dudas. La cultura política brasileña es tan ingenua en esa materia que confunde la posición política de los gobernantes con el uso de una máquina. Imagine un candidato a la reelección en Brasil. Es un candidato a la derrota, sería crucificado. El problema no es bien encarado y crea una gran inhibición. Inclusive hasta se intentó impedir que el gobierno tuviese un candidato y, aun, que hiciese la cosa más normal del mundo: inaugurar obras públicas. Lo que es incorrecto es inaugurar obras mal hechas, pero en ese caso lo que hay que hacer es criticar esas obras. O usar los recursos públicos para la

campaña, eso está mal. Pero aquí la confusión es tan grande que ya siento pena por el próximo candidato a la presidencia que aspire a la reelección. Sería trituroado por la oposición por el solo hecho de postularse; todo lo que él hiciese sería puesto automáticamente bajo un manto de desoportunidad.

"Cuando fue electo Tancredo Neves afirmó que tenía dos prioridades: estabilizar la moneda y redistribuir la renta, pagar la deuda social. El murió y salvo en el breve periodo del presidente Itamar Franco, en que se abrió cierta esperanza, fue muy poco lo que se hizo desde entonces en materia de deuda social, y creo que en gran medida con los votos que Ud. recibió también ha recibido esa responsabilidad."

- Creo que lo que dijo Tancredo Neves era la expresión de lo que sentía todo Brasil y es lo que aún siento. Pero con una diferencia, a la que Ud. hizo mención, y es que ahora, luego del gobierno de Itamar Franco, el pueblo tiene una esperanza. ¿Por qué?

- Primero, porque la moneda está en camino de la estabilización y eso sólo ya es un aumento efectivo en la capacidad de compra de la población. Pero eso no basta.

No va a haber posibilidad de pagar la deuda social si no tenemos un estado competente, porque esa deuda -desde el punto de vista del gobierno- no se cubre simplemente con aumentos de salario, inclusive porque soy partidario del convenio colectivo de trabajo y de la libre negociación. Claro que tiene que haber aumentos negociados de salarios, pero es preciso encarar otros rumbos: salud, educación, vivienda, ésa son las cuestiones centrales, para no hablar de la infraestructura de caminos, de transporte en general, de energía. Nuestro programa "Manos a la obra" lo dice con toda claridad y dice de dónde deben salir los recursos para cambiarle la

cara al país. Todas las materias pendientes podrán ser atendidas, con inversiones públicas y privadas, nacionales y provenientes del exterior y también con el apoyo de los organismos internacionales. Y también con un cambio profundo en la cultura política, porque nadie puede cambiar al país a partir del Estado. El Estado puede ayudar, sin duda, puede conducir eventualmente, puede inducir, pero es preciso que participe la sociedad. Son problemas de participación.

Concretamente, no se trata del presidente ni de éste o aquel ministro, no se trata del gobierno sino de la sociedad. O Brasil encara esas cuestiones, como la de la deuda social, en el sentido de un gran desafío o nada cambia. Y en el nuevo siglo, quien no cambia no se queda en el mismo lugar en el que está: retrocede.

"Se ha dicho que su triunfo permitirá a Brasil dar un gran salto, encaminándose en la senda del liberalismo. ¿Está Ud. dejando de ser socialdemócrata para convertirse en liberal? ¿Cuál ha de ser el papel del Estado en su gobierno?"

- Quizá se haya hablado de liberalismo en el sentido americano de "liberal", que significa socialdemó-

crata. Pero es algo que ya discutí muchas veces. Creo que en Brasil hoy tenemos tres valores o dimensiones fundamentales, a partir de las cuales el gobernante puede producir el bien para el país. Un valor es la democracia, la libertad, la creciente participación de la comunidad. Otro valor es la idea de que el mercado existe. Y el otro es que, especialmente en un país como Brasil, de tamaño desigualdad, o funciona un Estado eficiente, competente, o los problemas del país no podrán ser resueltos.

Yo soy socialdemócrata, porque creo que tenemos que conciliar la cuestión de la libertad con el mercado y con una acción competente del Estado, no clientelista, no corruptiva, no corporativista, que son los grandes males del Estado. Y que queda claro: hay que transformarlo, mejorarlo, pero es indispensable que el Estado tenga gran participación, en muchas áreas. □

Nota

* Tomado de Folha de São Paulo del 7 de octubre de 1994. Tradujo Osvaldo Pedrosa.



ARTISTAS DEL TALLER

Cubierta para un catálogo, 1953

PT, que pretenden llevar al partido hacia posturas más afines con la socialdemocracia y abrirse a la posibilidad de una política de alianzas más amplia que la del FBP. A pesar de ello, los partidos de izquierda y centro izquierda poseen sólo 33.92 por ciento de los diputados, magnitud que aumentaría considerablemente si se incluyeran los sectores socialdemócratas y centristas del PMDB, pero que parecen no ser suficientes para constituir una mayoría estable con capacidad de decisión autónoma frente al bloque conservador. Por otra parte, no parece que el PT esté dispuesto a establecer una alianza firme y permanente con Cardoso. Como declaró

uno de los principales dirigentes fortalecidos por el resultado de las elecciones, "*debemos hacer una oposición con propuestas, proponiendo alternativas o apoyando las reformas que el presidente quiere hacer*".²

Sin embargo, Cardoso cuenta con un apoyo adicional que se refiere a la estructura federal brasileña. Efectivamente, el PSDB obtuvo las gobernaciones de seis estados, que incluyen São Paulo, Minas Gerais y Río de Janeiro. Estos tienen importancia estratégica (tanto política como económica) ya que poseen 40 por ciento de la población del país, producen 54.6 por ciento del PBI y aportan 67 por ciento de la recau-

dación fiscal. Si a eso se le suma el apoyo, entre otros, de los gobernadores de Rio Grande do Sul (PMDB) y de Paraná (PDT) y se considera el deslucido papel de sus socios conservadores (que obtuvieron sólo dos gobernaciones), es notorio el campo de maniobra que se le abre a Cardoso para superar el cerco que le impuso su alianza electoral y eludir su condición de minoría a nivel parlamentario sin caer en brazos de las fuerzas conservadoras. El PSDB no sólo ve ampliarse su capacidad de alianzas parlamentarias, sino que también puede "desviar" las implementaciones de políticas sociales desde el nivel federal (nacional) al nivel estadual (local). Sin dudas esta tarea no estará libre de dificultades. Como señaló el líder del PFL en la Cámara baja, minimizando los resultados a nivel estadual, "*los gobernadores sólo traen problemas. Los Diputados son los que votan*".³

De esta manera, la principal restricción que enfrenta el gobierno de Cardoso no estará impuesta por sus socios electorales, sino por la necesidad de gobernar con un parlamento en el cual no sólo el presidente no tiene mayoría propia sino que, dada la fragmentación y falta de cohesión partidaria, la aprobación de cada ley, de cada reforma política y social, requerirá de alianzas particularistas, cambiantes, difusas.

En estas aguas, parece que los próximos cuatro años de Cardoso navegarán entre el conservadurismo y la socialdemocracia. □

Notas

¹ Scott Mainwaring (1992), "Dilemmas of Multiparty presidential democracy: the case of Brazil", Working Paper N° 174, Hellen Kellogg Institute, University of Notre Dame, mayo de 1992.

² José Genoíno, diputado del PT por Espírito Santo, citado en *Jornal do Brasil*, el 17 de noviembre de 1994. (El destacado me pertenece).

³ Luis Eduardo Magalhães, diputado del PFL por Bahía, citado en *Folha de São Paulo*, el 17 de noviembre de 1994.

